

## FLORENCIA Y VENECIA

---

*2 de Abril*

### De Roma á Perusa

Salgo de Roma á las cinco de la tarde; no había yo visto todavía esta parte de la campiña romana, y por mi gusto no volveré jamás á verla.

Siempre la misma impresión; es un cementerio abandonado. Grandes montículos se suceden en filas interminables, parecidos á los que se ven sobre un campo de batalla cuando se han cubierto las zanjas en las cuales se ha enterrado á los muertos. No hay un árbol, ni un arroyo, ni una cabaña. En dos horas de camino sólo he descubierto una choza redonda con techo puntiagudo, como las de los salvajes. Tampoco hay ruinas, y por aquel lado no se descubren acueductos. De distancia en distancia encontraba una carreta; cada cuarto de legua una verde encina achaparrada destacaba al borde del camino su sombrío follaje; era el único ser viviente, un rezagado melancólico olvidado en la soledad.

La única huella de hombre eran las barreras que bordeaban la vía y de trecho en trecho atra-



vesaban, formando cuadro, el ondulante verdor de los campos, para contener los rebaños en la paridera. Mas en este momento todo estaba vacío y el cielo cerraba su divina cúpula con dolerosa é irónica serenidad sobre aquel fúnebre paisaje.

Ocultábase el sol y el azul pálido del firmamento volvíase tan límpido, que un imperceptible tono de esmeralda verdeaba su cristal. No hay nada capaz de expresar este contraste entre la eterna belleza del cielo y la desolación irremediable de la tierra. Virgilio fué el primero que en medio de la pompa romana mostraba ya la compasiva mirada de los dioses que, bajo los techos de Júpiter, contemplaban con admiración las miserias y los combates de los hombres (1).

No puedo separar de mí la idea de que aquí está la tumba de Roma y de todas las naciones que ella ha destruído. Italianos, cartagineses, galos, españoles, griegos, asiáticos, pueblos bárbaros y ciudades sabias, toda la antigüedad en confusa mezcla, han venido á enterrarse bajo la ciudad monstruosa, que les ha devorado y ha muerto. Cada ondulación verde es como la fosa de una nación distinta.

El día ha huido, y en la noche sin luna, los miserables relevos, con su lámpara humosa, aparecían de improviso, como la morada del guardián de los muertos.

Los pesados muros de piedra, las arcadas salientes, las profundidades tenebrosas, en las que se distinguían vagamente las siluetas de caballos éticos, las extrañas figuras amarillentas y de rostro tostado, que se agitan entre los arneses con

(1) *Di Jovis in tectis iram mirantur inanem  
Amborum et tantos mortalibus esse labares.*

un ruido de metal, con ojos lucientes iluminados por la fiebre, todo ese desorden fantástico y gesticulante, en medio de las tinieblas y de una fría humedad que cae como un sudario, deja en el corazón y en los nervios un profundo sentimiento de horror. Acaba de completar la pesadilla el postillón, envuelto en vieja capa andrajosa, condenado á saltar eternamente en la amarillenta claridad. La luz de la linterna cae de lleno en su espalda, dándole apariencia de espectro. A cada instante se tuerce para golpear á su rocines, y entonces se ve, como una sonrisa perenne, la contracción maquinal de sus labios delgados.

Al amanecer, entre las primeras claridades del alba, aparece un río que se desliza bajo sus matinales vapores; después, una confusión de barrancos y ribazos descarnados, rasgados por innumerables cortaduras, con regueros de blancos guijarros desplomados en las excavaciones y sobre las pendientes; á lo lejos altas montañas iluminadas ó ensombrecidas. La frontera ha pasado ya; comienzan los Apeninos. Un sol alegre brilla sobre las ligeras aristas de las cimas; el pecho aspira un aire sano; ya se ha abandonado la comarca apestada. He aquí, en fin, el país seco, pero propio para la vida; país severo, de trazos grandes y precisos, que puede llenar el espíritu alimentándole de imágenes nobles y determinadas, sin fatigar el cuerpo con la abundancia de groseros alimentos. Landas, rocas estériles, acá y allá anchas fajas verdosas de pasto aromático y espeso, algunos campos pedregosos sembrados de olivares; creeriase uno en la Provenza. Allí no hay esos pálidos olivos, cuyo aspecto no se ajusta á la austeridad del paisaje. La mayor parte han retoñado en medio, el tronco se ha hundido, el árbol se ha



dividido en pedazos y sus miembros no están unidos entre sí más que por una sutura. Diríase que eran los condenados de Dante, descuartizados por la espada, partidos por medio, de través, de la cabeza á los pies, de los pies á la cabeza. Las raíces torcidas se agarran á los guijarros como pies desesperados cuyo cuerpo, torturado por una enorme llaga, se retuerce en la agonía. Doblados ó abiertos, ellos se obstinan en vivir, y ni el granizo ni las lluvias de invierno triunfan de su vitalidad y de su esfuerzo.

Hacia Narni, el aspecto cambia; termina á mi lado el camino y la montaña que hace frente está vestida de encinas verdeantes que pululan por todos los sitios, en las cimas inaccesibles, hasta en las mismas cortaduras; solamente algunos trozos perpendiculares de roca se han defendido de su invasión. La montaña se eleva así, desde el torrente hasta el cielo, como un magnífico ramillete de estio intacto en medio del invierno. Al salir de Narni, el paisaje es aún más bello; una fértil llanura con castaños verdes y olmos en maridaje con las viñas; un gran jardín riente rodeado por altas colinas de un tono más severo. Más allá un círculo de azules montañas coronadas de nieve. *Suave y austero*, ese calificativo es aplicable muchas veces á los paisajes de Italia. Las montañas prestan nobleza, pero no son demasiado altas, no satisfacen á la imaginación; forman anfiteatros, fondos de cuadro, pero no son más que una arquitectura natural. A su pie, los variados cultivos, los numerosos árboles frutales, los campos escalonados, componen una decoración rica y bien entendida que hace olvidar prontamente nuestros monótonos campos de trigo, nuestros hierbajos más monótonos aún y todos esos paisajes del

Norte que parecen una manufactura de pan y carne.

Vense pasar numerosos cochecillos que conducen un hombre y una mujer jóvenes. Ella va graciosamente vestida de colores chillones y con la cabeza desnuda; tiene el aspecto de quien pasea con su amante. Este, por su parte, indica por mil modos una dicha voluptuosa y pintoresca. Las jóvenes levantan sus cabellos según la última moda y con bucles delante de la frente. Llevan también un fichú de seda y un peine dorado. En Roma, de los tugurios más repugnantes salen cabezas magníficas y rientes. De pronto, al atravesar una pequeña villa, en una ventana sombría de una calle triste y oscura, vi un corpiño de terciopelo negro que se inclinaba para asomarse y dos ojos, negros también, que lanzaron una resplandeciente mirada. Más allá, en otros puntos, levantan el chal sobre la cabeza y se encuentran siempre vestidas para un pintor. Nos cruzamos con una carreta que conducía á ocho aldeanos amontonados unos sobre otros, y que cantaban un aire noble y grave como un coro de iglesia.

Los menores objetos, la forma de una cabeza, un vestido, las fisonomías de cinco ó seis jóvenes que á la puerta de una posada decían frases amorosas á una linda muchacha, todo, en fin, indicaba un mundo nuevo y una raza distinta. A mi parecer, el rasgo que más les distingue es que para ellos la belleza ideal y la dicha *sensible* son una misma cosa.

El camino serpentea por la escarpada montaña y el carruaje avanza lentamente. Un pequeño torrente se desliza murmurando, detenido en su curso, á trechos, por grandes guijarros rodados durante el invierno. La blanca osamenta de la



montaña se percibe á través del manto rojo de bosques despoblados; no he visto nunca montañas más llenas de elevaciones del terreno; á veces, la elevación del suelo es tan alta como una muralla. Toda esta enorme amazón mineral ha sido quebrantada, ó mejor aún, dislocada, tales son las grietas y resquebrajaduras que tiene cada meseta. En la cima, enormes placas de nieve jaspean el tapiz formado por las hojas caídas.

El viento Norte sopla triste y frío; el contraste es extraño cuando se mira el cielo lleno de luz, donde el sol luce en todo su esplendor y el delicioso color azul que va á perderse entre las lejanías del horizonte. El Apenino está franqueado, y colinas más modestas y valles bien encuadrados entre ellas comienzan á desplegarse y á ordenarse como en la vertiente opuesta. Acá y allá una villa agrupada sobre una montaña, especie de puerto cerrado, es un ornamento del paisaje como los que se ven en los cuadros de Pousino y de Claudio. Estos son los Apeninos, con sus hileras de *contrafuertes* (¿?) alargados, en medio de una península estrecha que da carácter á todo el paisaje italiano; nada de grandes ríos ni extensas llanuras. Valles limitados, de noble forma; mucha roca y mucho sol, los alimentos y las sensaciones en consonancia con el paisaje. ¡Cuántos rasgos del individuo y de la historia tienen impreso ese mismo carácter!

## PERUSA

3 de Abril

Esta es una antigua ciudad de la Edad Media, ciudad de defensa y de refugio, situada sobre una escarpada meseta desde la que se domina todo el valle. Muchas partes de la muralla son antiguas; la construcción de algunas de sus puertas es etrusca; la época feudal puso en ella sus torres y sus bastiones. La mayoría de las calles están en cuesta, los parajes abovedados y sombríos; á veces sobresale una casa que ocupa la mitad de la calle; las paredes, sin ventanas, parecen restos de antiguas fortalezas. Veinte ruinas traen á la imaginación recuerdos de la ciudad feudal y republicana; la negra puerta de San Agustín, enorme torreón de piedras, de tal manera devastadas y carcomidas que se diría que son de una caverna natural y que forman una terraza sostenida por lindas columnitas, romanas todavía, y por delicadas figuras, primeras ideas de elegancia y arte que florecieron en medio de los males y trastornos de la Edad Media. *El Palazzo del Governo*, severo y macizo, como era menester que fuese para resistir las batallas y sediciones populares, pero con un gracioso pórtico en el que se enros-